



Introducción a la semana

El misterio de la Trinidad que celebramos el Domingo, tras celebrar la Pascua de Cristo y del Espíritu Santo, quiere cerrar en principio la memoria celebrativa de los más “elevados” misterios. La liturgia, sin embargo, aún nos reserva solemnidades referidas a Jesús que se celebraran en fechas próximas, la fiesta de su Cuerpo y Sangre y la de su Corazón. En algunos lugares se mantiene la celebración de la primera en el jueves de esta semana. Celebrar la fiesta del Corpus, es actualizar todos los misterios de la vida muerte y resurrección, lo que cada día realizamos en la Eucaristía. La fiesta del Cuerpo y la Sangre del Señor es la celebración de una celebración, para muchos diaria, la misa. Es necesaria esa fiesta para que la rutina no impida vivir la grandeza de la eucaristía.

El viernes de esta semana se celebra la fiesta del gran Juan Bautista. Es fecha estratégica, solsticio de verano, y anuncia los seis meses que faltan para el nacimiento de Jesús. Juan Bautista es la persona en la que la Sagrada Escritura junta con fuerza la grandeza y la humildad: más que un profeta, pero que es la voz, no la Palabra; no el Mesías, pero sí su inmediato precursor y “descubridor”, no el camino, pero sí el indicador del camino, no la luz, pero sí quien dio testimonio de ella.

El resto de días la Palabra de Dios nos presenta la historia de Abrahán en la primera lectura. Es un relato de la acción peculiar de Dios en Abrahán y de la fidelidad del gran patriarca a los planes que Yahvé le marca. Continúan las lecturas evangélicas ofreciendo el sermón del Monte de san Mateo. Son textos fáciles de entender. A la vez se refieren a la práctica de cada día. A la luz de ellos hemos de examinar nuestra conducta. La gente que lo escuchaba entendió a Jesús y pudo comentar con admiración que era enseñanza cargada de autoridad. La de su persona que se refleja en la predicación. El evangelio del sábado nos presenta a Jesús, que ha bajado del monte, entra en Cafarnaúm y se encuentra con el Centurión. Éste se dirige a él con la frase que repetimos a lo largo de la historia: “no soy digno de que entres bajo mi techo”.... antes de comulgar. La humildad es la mejor preparación para el encuentro con Jesús. La del centurión, la de Juan el Bautista.

Lun

20

Jun

2011

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Sal de tu tierra... hacia la tierra que te mostraré ”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 12,1-9

En aquellos días, el Señor dijo a Abrán: «Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y será una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo.»

Abrán marchó, como le había dicho el Señor, y con él marchó Lot. Abrán tenía setenta y cinco años cuando salió de Harán. Abrán llevó consigo a Saray, su mujer, a Lot, su sobrino, todo lo que había adquirido y todos los esclavos que había ganado en Harán. Salieron en dirección de Canaán y llegaron a la tierra de Canaán. Abrán atravesó el país hasta la región de Siquén, hasta la encina de Moré. En aquel tiempo habitaban allí los cananeos.

El Señor se apareció a Abrán y le dijo: «A tu descendencia le daré esta tierra.»

Él construyó allí un altar en honor del Señor, que se le había aparecido. Desde allí continuó hacia las montañas al este de Betel, y plantó allí su tienda, con Betel a poniente y Ay a levante; construyó allí un altar al Señor e invocó el nombre del Señor. Abrán se trasladó por etapas al Negueb.

Salmo

Sal 32,12-13.18-19.20.22 R/. Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que él se escogió como heredad.
El Señor mira desde el cielo,
se fija en todos los hombres. R/.

Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. R/.

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo.

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7,1-5

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No juzguéis y no os juzgarán; porque os van a juzgar como juzguéis vosotros, y la medida que uséis, la usarán con vosotros. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Déjame que te saque la mota del ojo”, teniendo una viga en el tuyo? Hipócrita; sácate primero la viga del ojo; entonces verás claro y podrás sacar la mota del ojo de tu hermano.»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Sal de tu tierra... hacia la tierra que te mostraré”

Si Dios habla hay que escucharle y hacerle caso... porque es Dios. Si es Dios nos ama, todo lo que nos propone es bueno y beneficioso para nosotros. Abrán cierra los ojos, abre su corazón a la confianza en Dios y acepta lo que Dios le pide. Sabe que no puede mandarle nada que le perjudique o le haga daño. El Señor le pide algo costoso, que salga de su tierra, de su pueblo y de la casa de su padre. A cambio le bendecirá y hará de él un gran pueblo. Esta promesa de Dios es el preludio de la alianza que hará con el pueblo elegido, a través de Moisés, cuyo colofón es la alianza de Jesús con toda la humanidad. Dios se mantendrá siempre firme en su palabra, no irá nunca en contra de sus renovadas alianzas, aunque el pueblo, aunque nosotros, no seamos fieles a la palabra dada. Jesús es bien elocuente: “No os dejaré huérfanos. Estaré siempre con vosotros hasta la consumación del mundo”.

“¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano...?”

Jesús, profundo conocedor del corazón humano, de una manera sencilla, nos relata lo que muchas veces ocurre entre nosotros. Tenemos una mirada penetrante para ver hasta los defectos más pequeños de nuestros prójimos y no somos capaces de descubrir nuestros defectos, con frecuencia mucho mayores. La mota en el ojo ajeno y la viga en el propio. En esta misma línea, Jesús nos pide: “nos juzguéis y no os juzgarán”, que con cierta amplitud se puede traducir por “no condenéis y no seréis condenados”. Jesús apostilla que “con la misma medida que uséis, la usarán con vosotros”. Pero en sus muchos encuentros con los pecadores, nos asegura que si nos arrepentimos de nuestros pecados y juicios severos, Dios, nuestro Padre, usará su medida, siempre nos juzgará desde su amor paternal, como hizo con el hijo pródigo, con la Samaritana, con Pedro, con Pablo... con todos sus hijos.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mar
21
Jun
2011

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Luis Gonzaga (21 de Junio)

“Tratad a los demás como queréis que ellos os traten ”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 13, 2.5-18:

Abrán era muy rico en ganado, plata y oro. También Lot, que acompañaba a Abrán, poseía ovejas, vacas y tiendas; de modo que ya no podían vivir juntos en el país, porque sus posesiones eran inmensas y ya no cabían juntos. Por ello surgieron disputas entre los pastores de Abrán y los de Lot. En aquel tiempo cananeos y fereceos ocupaban el país.

Abrán dijo a Lot: «No haya disputas entre nosotros dos, ni entre nuestros pastores, pues somos hermanos. Tienes delante todo el país, sepárate de mí; si vas a la izquierda, yo iré a la derecha; si vas a la derecha, yo iré a la izquierda.»

Lot echó una mirada y vio que toda la vega del Jordán, hasta la entrada de Zear, era de regadío (esto era antes de que el Señor destruyera a Sodoma y Gomorra); parecía un jardín del Señor, o como Egipto. Lot se escogió la vega del Jordán y marchó hacia levante; y así se separaron los dos hermanos. Abrán habitó en Canaán; Lot en las ciudades de la vega, plantando las tiendas hasta Sodoma. Los habitantes de Sodoma eran malvados y pecaban gravemente contra el Señor.

El Señor habló a Abrán, después que Lot se había separado de él: «Desde tu puesto, dirige la mirada hacia el norte, mediodía, levante y poniente. Toda la tierra que abarques te la daré a ti y a tus descendientes para siempre. Haré a tus descendientes como el polvo; el que pueda contar el polvo podrá contar a tus descendientes. Anda, pasea el país a lo largo y a lo ancho, pues te lo voy a dar.»

Abrán alzó la tienda y fue a establecerse junto a la encina de Mambré, en Hebrón, donde construyó un altar en honor del Señor.

Salmo

Sal 14,2-3a.3bc-4ab.5 R/. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?

El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua. R/.

El que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor. R/.

El que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7,6.12-14

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No deis lo santo a los perros, ni les echéis vuestras perlas a los cerdos; las pisotearán y luego se volverán para destrozaros. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la Ley y los profetas. Entrad por la puerta estrecha. Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos.»

Reflexión del Evangelio de hoy

En este martes del Tiempo Ordinario nos encontramos con una lectura del libro del Génesis donde Dios realiza una promesa de bendición hecha carne, realidad... a través de una descendencia innumerable. La descendencia, los hijos... es la bendición que Dios regala a Abraham. El porqué a Abraham le toca esta parte, la lectura no nos dice nada en concreto; aunque sí parece que entre líneas la Escritura quiera decirnos la razón: dejó elegir a Lot primero la parte que quería y Abraham se aceptó la parte que había rechazado Lot. En el Antiguo Testamento, y también en Nuevo Testamento, Dios se sirve de aquello despreciable, que ha sido rechazado por los ojos humanos, para hacer cosas grandes. Abraham es el primer ejemplo en la Escritura de una promesa de Dios. En este ámbito de las promesas de Dios, se requieren varias cosas y la primera de ellas es paciencia hasta el cumplimiento. Tendemos a impacientarnos porque no llegan los cumplimientos de las promesas. Con Jesucristo, se cumplieron todas las promesas hechas a Israel, pero también con Jesucristo se abre un periodo de promesas para la humanidad, es decir, Él mismo nos promete que volverá para salvarnos... Él es en sí promesa, es decir, llegará el día en que el volverá y nuestro sufrimiento, nuestras imperfecciones serán tapadas por el manto del Amor.

En este tiempo que va hasta que vuelva es donde nos encontramos nosotros. Y es aquí donde Jesús nos dejó también algunas pistas para caminar más ligeros, como la de hoy en el evangelio: "Tratad a los demás como queréis que ellos os traten" Este aforismo en la ética se llama la "regla de oro". Ha sido formulada a lo largo de la historia del pensamiento de muchas maneras, pero lo único que nos quiere resaltar es la reciprocidad entre las personas. Las relaciones entre las personas deben ser justas, recíprocas... Ahora bien, la realidad nos dice que esto no ocurre muchas veces... pero es ahí donde los seguidores de Jesús damos un paso al frente: a pesar de que no nos traten de igual manera, nosotros no condenaremos, no usaremos la violencia, la burla, la agresividad... lucharemos de otra manera, lucharemos sin armas. Porque nuestra espada es la del Amor.

Celebramos hoy la memoria de San Luis Gonzaga. Jesuita, patrón de la juventud, tuvo como maestro de teólogos a Roberto Belarmino. Figura de primera fila en la Iglesia del s. XVI.



Fray José Rafael Reyes González
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

San Luis Gonzaga

Infancia

Los Gonzaga formaban una constelación en torno a la casa de Mantua, que era el tronco común y cuyo jefe era considerado como cabeza suprema de la familia. [...] En este reparto familiar, a Luis Alejandro, abuelo de Luis, le tocó Castiglione delle Stiviere, que pasó a su hijo don Ferrante. La madre de Luis era una noble del ducado de Saboya. Del castillo de los Gonzaga en Castiglione delle Stiviere hoy sólo quedan unas cuantas piedras. En 1565 era un complejo informe y altanero de torreones, murallas y baluartes. [...] Aquí vino al mundo Luis. [...] La trayectoria de Luis Gonzaga fue muy diversa, tan diversa como su mundo. Además de no faltarle nunca nada, se vio rodeado de atenciones —mimado, sería la palabra— desde el primer momento y por mucha gente. [...]

Siguió, a partir de noviembre de 1577, una estancia de dos años y medio en Florencia por razón de estudios. También fue en este mismo período florentino cuando sintió la necesidad de confesarse más a menudo; para elegir confesor pidió consejo a su preceptor y éste le dirigió al padre De la Torre, jesuita y rector del colegio. Luis se le presentó con tanta reverencia, vergüenza y confusión como si fuera el mayor pecador del mundo ¿Qué pasaba en aquella alma? Una confesión general le trajo una profunda paz y marcó el comienzo de una vida más estrecha y exacta. Se propuso dominar la cólera característica de los Gonzaga. Advirtió que en las conversaciones se le escapaban alusiones críticas a la conducta ajena y, para no volver a acusarse de aquella falta en sus confesiones, se retiró del trato aun con los de casa.

Un Gonzaga distinto

Un día, en la penumbra de la gran iglesia, hace voto de perpetua virginidad. Luis sabe lo que hace. También es de este período la visita de San Carlos Borromeo, cardenal arzobispo de Milán, que tiene una larga charla con él, le aconseja hacer la primera comunión y él mismo se la administra el 22 de julio de 1580.

Precisamente cuando Luis ha resuelto volver las espaldas al gran mundo de su tiempo, se ve rodeado de la nobleza más alta de Europa; forma parte de la comitiva que acompaña a la emperatriz María, hija de Carlos V y esposa de Maximiliano II en su viaje a Madrid. Los Gonzaga la alcanzan en Vicenza, por septiembre de 1581. Es el famoso viaje durante el cual Luis no miró ni una vez a la cara de la emperatriz.

En la Corte de Felipe II

El cortejo llegó a Madrid el 7 de marzo de 1582. [...] [Allí] Luis comienza a buscar la voluntad de Dios respecto de la vida religiosa que quiere abrazar. Se inclina por la Compañía de Jesús, pero quiere una confirmación espiritual y la busca con ahínco en la oración. La luz que buscaba sobre su futuro la encontró el día de la Asunción de la Virgen, 15 de agosto de 1583, en la iglesia del Colegio Imperial. Primero fue a misa y comulgó; luego se detuvo a orar ante la estatua de Nuestra Señora del Buen Consejo y «oyó una voz clara que le dijo que entrase en la Compañía de Jesús».

Aquel mismo día acudió a su confesor, padre Paternó, y le pidió que mediara con los superiores para ser admitido cuanto antes. El confesor se ancló en dos conclusiones igualmente claras: la certeza de la vocación y la necesidad del consentimiento paterno.

La confrontación familiar

Aquel mismo día Luis se lo reveló todo a su madre. Doña Marta habló con don Ferrante y éste se puso furioso; que su heredero, que prometía ser sabio gobernante del principado, lo dejase todo para hacerse jesuita, sin siquiera la posibilidad de una dignidad eclesiástica, ¡nunca!

[...] Luis recurrió a los hechos consumados. Se fue a un colegio de la Compañía y mandó que se lo dijeran a su padre. Ducho en tales lances, don Ferrante ganó fácilmente esta partida. Habló con un abogado de su confianza, éste habló con Luis y le hizo volver a casa.

[...] Don Ferrante sufría atrocemente de gota, y aquellos días su mal se recrudeció. Postrado en cama, pensaba en los problemas de su principado. Su afición al juego le había llevado al borde de la bancarrota y los apuros económicos se hacían ya sentir. Sólo Luis podría pilotar su hacienda sabiamente. ¡No podía irse! Le llamó y le preguntó hasta qué extremo quería llevar sus intenciones adelante; Luis le respondió con libertad y llaneza que pensaba lo que antes, servir a Dios en la religión que había dicho. Don Ferrante montó de nuevo en cólera y con palabras ásperas le mandó salir de la habitación.

El golpe final

Luis recurrió a la oración y la penitencia. Un día, movido de un impulso interno que lo empujaba, se dirigió al marqués, que se hallaba en cama con su dolencia crónica, y con profunda humildad, pero con tono claro, le dijo:

— Padre y señor mío, yo me pongo totalmente en manos de V. E. para que disponga de mí a su gusto; pero le aseguro que Dios me llama a la Compañía y que en resistir a esto resiste a la voluntad de Dios. [El padre no tuvo otro remedio que aceptar la voluntad de su hijo]

Su renuncia al principado tuvo lugar en Mantua y asistieron todos los miembros de la casa Gonzaga con derecho al feudo en el caso de faltar sucesión directa, El momento de firmar fue emocionante. Luis se sentía por fin libre para comenzar la vida a que Dios le llamaba.

En Roma: la Compañía de Jesús

El 19 ó 20 llegaron a Roma y Luis se hospedó de momento en casa del cardenal Escipión Gonzaga, patriarca de Jerusalén. Pero muy pronto fue al Gesú para presentarse al padre general, Claudio Acquaviva. Se le echó a los pies, y no le podían hacer levantar del suelo. Le presentó una carta de su padre, fechada el 3 de noviembre de 1585, que decía entre otras cosas: «Al entregarle a mi hijo Luis, pongo en sus manos lo que es para mí de más estima en este mundo y al que era el principal fundamento de mis esperanzas para el sostén y mantenimiento de mi casa.» Era su último sollozo.

De los dos años de noviciado pasó dos meses en el Gesú, ocupado en oficios humildes, y tres en Nápoles, estudiando metafísica; el 25 de noviembre de 1587 hizo los votos del bienio, que recibió el rector del Colegio Romano, padre Vincenzo Bruno.

Inserto en aquel gran colegio, hace todo lo posible para pasar desapercibido, pero sus 200 compañeros no le pierden de vista y observan todos sus actos.

La peste

A finales de 1590 y principios de 1591 brotaron y se multiplicaron los casos de peste. Los hospitales se llenaron rápidamente y se recurrió a soluciones improvisadas. Un día el padre Acquaviva se encontró no lejos de la casa profesa a dos apestados que yacían en la calle. Mandó recogerlos y cuidarlos y él mismo los curó. El hecho se repitió y se montó un pequeño hospital adosado a la curia del general. Los padres de la casa generalicia asistían a aquellos infelices, cuyo número llegó pronto a 56. La emergencia movilizó asimismo a los jóvenes del Colegio Romano; acababa de llegar de China el padre Michele Ruggieri, compañero de Mateo Ricci, y contaba cosas maravillosas, pero los apestados monopolizaban su interés.

Luis Gonzaga se entregó con ardor a su servicio reservándose los casos más repugnantes y peligrosos; acudió a todos los hospitales y escribió a su madre y su hermano Rodolfo pidiendo ayuda. Por el mes de febrero el número de muertos llegaba a los 60.000, cifra enorme para una ciudad que en tiempos normales no pasaba de 130.000 habitantes.

A Luis le asignaron, como campo de su apostolado de caridad, el hospital de la Consolación. Un día asistía a un enfermo que sangraba podredumbre. Su compañero le vio palidecer, como si no pudiera continuar; pero se repuso y reanudó la cura de aquel infeliz.

El 3 de marzo dio con un apestado que yacía inconsciente en medio de la calle. Se lo echó encima, lo llevó al hospital, y le hizo las primeras curas. Cuando regresó al Colegio Romano, se sintió mal y tuvo que acostarse. La temperatura subía alarmantemente; el enfermo presintió que aquella era una enfermedad mortal y se entregó con gozo a la esperanza de vida eterna.

— Padre, ¿puede haber exceso en estas aspiraciones mías?, preguntó a su confesor Roberto Belarmino.
— No, hijo mío, no hay exceso en el deseo de morir para unirse con Dios, con tal de que sea con la debida resignación.

Estar con Cristo

Al séptimo día se confesó, recibió el viático y la unción de los enfermos, y se dispuso a morir. Entonces le bajó la fiebre y, pasado el primer ímpetu del mal, le sobrevino la calentura lenta de la tuberculosis que iba a consumir su vida aquella primavera. Como buen hijo, escribió una carta a su madre: «Desde hace un mes estoy para recibir de Dios nuestro Señor el más grande favor que es posible recibir. Pero él ha querido diferirlo y prepararme con una fiebre lenta que aún me queda, y así paso alegre los días con la esperanza de ser llamado dentro de pocos meses de la tierra de los muertos a la de los vivientes, de la visión de estas cosas terrenales y caducas a la contemplación de Dios, que es todo bien».

Trataba con más frecuencia que nunca con el padre Belarmino. Después de una de estas conversaciones tuvo una especie de raptó en el que supo que iba a morir a los ocho días.

Así fue. Aún pudo dictar una carta para su madre. En el pequeño aposento se agolpaban las visitas y todos salían con la impresión de que algo extraordinario sucedía en aquella vida que se apagaba. Forzado ya por la debilidad a un silencio casi absoluto, permaneció profundamente recogido, abrazado al crucifijo. De vez en cuando movía los labios, y sus pa-labras preferidas eran:

— Deseo ser desatado de este cuerpo y estar con Cristo. Este momento le llegó doblada la medianoche del 20 al 21 de junio de 1591.

Ignacio Echániz S.J.

Mié

22

Jun

2011

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Por sus frutos los conoceréis”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 15,1-12.17-18:

En aquellos días, Abrán recibió en una visión la palabra del Señor: «No temas, Abrán, yo soy tu escudo, y tu paga será abundante.»

Abrán contestó: «Señor, ¿de qué me sirven tus dones, si soy estéril, y Eliezer de Damasco será el amo de mi casa?»

Y añadió: «No me has dado hijos, y un criado de casa me heredará.»

La palabra del Señor le respondió: «No te heredará ése, sino uno salido de tus entrañas.»

Y el Señor lo sacó afuera y le dijo: «Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes.»

Y añadió: «Así será tu descendencia.» Abrán creyó al Señor, y se le contó en su haber.

El Señor le dijo: «Yo soy el Señor, que te sacó de Ur de los Caldeos, para darte en posesión esta tierra.»

Él replicó: «Señor Dios, ¿cómo sabré que yo voy a poseerla?»

Respondió el Señor: «Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón.»

Abrán los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres, y Abrán los espantaba. Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abrán, y un terror intenso y oscuro cayó sobre él. El sol se puso, y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados.

Aquel día el Señor hizo alianza con Abrán en estos términos: «A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto al Gran Río Eufrates.»

Salmo

Sal 104,1-2.3-4.6-7.8-9 R/. El Señor se acuerda de su alianza eternamente

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas a los pueblos.

Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. R/.

Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7,15-20

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuidado con los falsos profetas; se acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. A ver, ¿acaso se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Los árboles sanos dan frutos buenos; los árboles dañados dan frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos. El árbol que no da fruto bueno se tala y se echa al fuego. Es decir, que por sus frutos los conoceréis.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Abran creyó a Dios y esto le valió la justificación”

La carta a los hebreos afirma: “Abraham creyó contra toda esperanza y le valió la justificación”, Observemos la acción de Dios: se manifiesta a Abrán, para sacarle de la idolatría, respetando la manera como entendía poder encontrar la voluntad de Dios, leyendo en las entrañas de los animales sacrificados. Dios se acomoda al modo de entender del hombre.

Abraham, acepta la promesa, él, anciano, su mujer, estéril ¿Qué puede esperar? Ante Dios, que le promete una gran descendencia, cree contra toda experiencia humana y Dios se lo contó en su haber.

Nosotros también somos hijos de Abraham, por la fe. Pero nuestra fe, muchas veces, es débil, queremos ver para creer; Jesús. en varias ocasiones dijo: “Si crees verás” Si creemos de verdad, nuestra fe se transformará en contemplación gozosa, de la gloria de Dios. Ahora nos toca peregrinar, creer como Abraham, pero al final será la visión de la gloria de Dios.

“Por sus frutos los conoceréis”

Los profetas, según la enseñanza de las Sagradas Escrituras, son hombres de Dios, hombres de oración, que escuchan a la voz de Dios para proclamarla, transmitiendo su mensaje a los hombres, el verdadero profeta, siempre, anuncia la buena noticia y denuncia la injusticia,

sin temor a las represalias, porque habla en nombre de Dios: "Palabra de Dios".

También en la Escritura, vemos profetas falsos, profetas de la mentira, que anuncian a los poderosos buenas nuevas, callando sus injusticias para congraciarse con ellos y conseguir prebendas .

En tiempo de Jesús, habían desaparecido los profetas propiamente dichos, sus sustitutos eran los escribas y fariseos que se creían con derecho a interpretar las Escrituras y con sus comentarios y tradiciones, muchas veces ahogaban la fe del pueblo. Es a estos a los que Jesús se refiere, avisando al pueblo que se cuide de ellos, son falsos profetas, hablan pero no viven lo que exigen a los demás.

También entre nosotros hay falsos profetas, hablan y se creen poseedores de toda la verdad, pero no olvidemos: "Por sus frutos se conocen".



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominicana del Rosario

Jue

23

Jun

2011

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

"No todo el que me dice 'Señor, Señor' entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre "

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 16, 1-12. 15-16

En aquellos días, Saray maltrató a Hagar, y ella se escapó.

El ángel del Señor la encontró junto a la fuente del desierto, la fuente del camino de Sur, y le dijo: «Hagar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y adónde vas?»

Ella respondió: «Vengo huyendo de mi señora.»

El ángel del Señor le dijo: «Vuelve a tu señora y sométete a ella.»

Y el ángel del Señor añadió: «Haré tan numerosa tu descendencia que no se podrá contar.»

Y el ángel del Señor concluyó: «Mira, estás encinta y darás a luz un hijo y lo llamarás Ismael, porque el Señor te ha escuchado en la aflicción. Será un potro salvaje: él contra todos y todos contra él; vivirá separado de sus hermanos.»

Hagar dio un hijo a Abrán, y Abrán llamó Ismael al hijo que le había dado Hagar. Abrán tenía ochenta y seis años cuando Hagar dio a luz a Ismael.

Salmo

Sal 105,1-2.3-4a.4b-5 R/. Dad gracias al Señor porque es bueno

Dad gracias al Señor porque es bueno,

porque es eterna su misericordia.

¿Quién podrá contar las hazañas de Dios,

pregonar toda su alabanza? R/.

Dichosos los que respetan el derecho

y practican siempre la justicia.

Acuérdate de mí por amor a tu pueblo. R/.

Vísitame con tu salvación:

para que vea la dicha de tus escogidos,

y me alegre con la alegría de tu pueblo,

y me gloríe con tu heredad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 7,21-29

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el reino de cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. Aquel día muchos dirán: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?" Yo entonces les declararé: "Nunca os he conocido. Alejaos de mí, malvados." El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre

roca. Cayó la lluvia, salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente.»
Al terminar Jesús este discurso, la gente estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, y no como los escribas.

Reflexión del Evangelio de hoy

El Génesis nos presenta hoy a Abrán, Saray y Agar. El bueno y pacífico patriarca se ve incapaz de que las dos mujeres se entiendan y puedan convivir en paz. Entrega a la esclava en manos de la señora y, aquélla, sintiéndose maltratada, huye. Junto a la fuente del desierto, la fuente del camino del sur, Dios por medio del ángel, le dijo que regresara al hogar y que confiara, ya que su oración había sido escuchada, y los planes de Dios se cumplirían en su hijo Ismael.
El Evangelio es hoy una llamada a la autenticidad, fustigando Jesús con un “No os conozco” a cuantos aparentan, pero no son; a cuantos dicen, pero no hacen; a cuantos sólo oyen, pero como no escuchan con el corazón, no ponen en práctica lo que han oído.

Coherencia o incoherencia. Escuchar sólo o poner en práctica

“Poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos” (Sant 1,22), nos pedía Santiago en su Carta, interpretando “el que escucha mis palabras y no las pone en práctica” de Jesús.

Las palabras de Jesús no son equívocas. Está bien orar y llamarle “Señor”, pero, si todo queda en la llamada y no hacemos la voluntad del Padre, no entraremos en el Reino de los Cielos. No basta con saber confesar la verdad sobre Jesús, hay que conocer o, al menos intuir, la voluntad de Dios y ponerla por obra.

La enseñanza tiene valor universal. Se puede ser profeta, se puede expulsar demonios, se puede ser taumaturgo, todo en nombre de Jesús, y no por eso estar justificados. También los profetas y los exorcistas están sujetos a la coherencia entre lo que saben, lo que dicen y lo que hacen u omiten. Jesús pide integridad, no sólo buena voluntad y buenas palabras. Que así como el Verbo, la Palabra, se hizo carne, nosotros, sus seguidores, encarnemos su palabra y la cumplamos, como voluntad del Padre.

Edificar –vivir- prudente o imprudentemente

Jesús, para clarificar más todavía sus palabras, les cuenta una parábola de dos casas, una construida sobre roca y la otra sobre arena. La primera, aunque sobrevengan tempestades e inclemencias, resistirá; la otra se hundirá totalmente.

Según las palabras de Jesús, los humanos no nos distinguimos tanto por oír, escuchar, hablar y rezar, cuanto por vivir y llevar a la práctica lo escuchado y, con frecuencia, aconsejado a los demás. Las “casas” representan a la persona humana, que no puede descuidar ninguna de las dos cosas: escuchar y vivir lo escuchado.

“Mire cada cual cómo construye. Pues nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo” (1 Cor 3,10). Este es el fundamento sobre el que tenemos que edificar nuestra vida. Toda una advertencia para no quedarnos sólo en cursillos, libros, reflexiones, sin que lleguen a convertirse en vida y práctica en nosotros.

No es extraño que la gente se quedara admirada de Jesús. Enseñaba, actuaba y vivía con coherencia y autenticidad.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

Vie
24
Jun
2011

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Natividad de San Juan Bautista (24 de Junio)

“Te hago luz de las naciones.”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 49, 1-6

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos:

Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó; en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo: «Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso.» Mientras yo pensaba: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas», en realidad mi derecho lo llevaba el Señor, mi salario lo tenía mi Dios. Y ahora habla el Señor, que desde el vientre me formó siervo suyo, para que le trajese a Jacob, para que le reuniese a Israel -tanto me honró el Señor, y mi Dios fue mi fuerza-: «Es poco que seas mi siervo y restablezcas las

tribus de Jacob y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confin de la tierra.»»

Salmo

Sal 138, 1-3. 13-14. 15 R. Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente.

Señor, tú me sondeas
y me conoces; me conoces
cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares. R.
Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias, porque me has escogido portentosamente,
porque son admirables tus obras;
conocías hasta el fondo de mi alma. R.
No desconocías mis huesos,
cuando, en lo oculto, me iba formando,
y entretejiendo en lo profundo de la tierra. R.

Segunda lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 13, 22-26

En aquellos días, dijo Pablo:

-«Dios nombró rey a David, de quien hizo esta alabanza: "Encontré a David, hijo de Jesé, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá todos mis preceptos." Según lo prometido, Dios sacó de su descendencia un salvador para Israel: Jesús. Antes de que llegara, Juan predicó a todo Israel un bautismo de conversión; y, cuando estaba para acabar su vida, decía: "Yo no soy quien pensáis; viene uno detrás de mí a quien no merezco desatarle las sandalias." Hermanos, descendientes de Abrahán y todos los que teméis a Dios: A vosotros se os ha enviado este mensaje de salvación.»»

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 57-66. 80

A Isabel se le cumplió el tiempo del parto y dio a luz un hijo. Se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia, y la felicitaban.

A los ocho días fueron a circuncidar al niño, y lo llamaban Zacarías, como a su padre. La madre intervino diciendo:

-«¡ No! Se va a llamar Juan. »

Le replicaron:

-«Ninguno de tus parientes se llama así.»

Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre.» Todos se quedaron extrañados.

Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua, y empezó a hablar bendiciendo a Dios.

Los vecinos quedaron sobrecogidos, y corrió la noticia por toda la montaña de Judea. Y todos los que lo oían reflexionaban diciendo:

-«¿Qué va a ser este niño?»

Porque la mano del Señor estaba con él.

El niño iba creciendo, y su carácter se afianzaba; vivió en el desierto hasta que se presentó a Israel.

Reflexión del Evangelio de hoy

Lo de sentirse “elegidos y elegidas” tiene al menos un peligro y al tiempo más de una consecuencia positiva para cada uno y cada una de nosotras. El peligro: no ser consciente de que la elección es para: para anunciar el Evangelio de un Dios Padre y Madre Compasivo; para los otros y otras que nos rodean, todos, sin excepción; para el servicio; para, siempre para. La elección nunca es un fin en sí misma, ni una posesión en las manos del escogido/a.

Entre las consecuencias positivas queremos destacar la siguiente. Cuando una persona sabe que su nacimiento tiene sentido en el programa de Dios, que es fruto de una elección anterior a los siglos y que su función en esta historia es ir descubriendo poco a poco esa misión a la que ha sido convocada, es capaz de experimentar una inmensa y profunda confianza para afrontar todo lo que está por-venir.

Las lecturas que la Liturgia conmemoran el nacimiento de Juan el Bautista reflejan muy bien estos aspectos. Juan es un elegido, un llamado, para ser el precursor, el anunciador, el que va por delante indicando. Pero tiene claro que no es más que una pequeña lucecita que anuncia la llegada de alguien va detrás de él. Con el paso del tiempo, o más bien, de las hojas del evangelio, Buena-Noticia-de-Jesús, veremos a un hombre que es consciente de la responsabilidad que tiene el que su vida sea “un dedo anunciador” de Aquel que llega detrás y que viene para dar vida, para transmitir esperanza, para transformar corazones, para hablarnos del reinado del Compasivo y Misericordioso.

Esa es también nuestra misión en esta tierra. Porque: “es a ustedes a quienes se dirige ese mensaje de salvación”, nos dice Pablo. Y de ahí que tengamos que asumir, como Juan, con temor y temblor esa responsabilidad de acoger el mensaje de salvación que nos han transmitido, que hemos recibido desde antes de nuestro nacimiento y ser, para otros, transmisores, generadores de vida.

Mujer fuerte

A costa de parecer reiterativos, esta comunidad no abandona su compromiso comunitario de destacar la imagen de la mujer que se muestra hoy en la lectura del Evangelio. Isabel, una mujer que “nos cae simpática”, se da cuenta desde el principio que, tanto su hijo como el que crece en el vientre de su prima, están llamados a ser alguien, a cambiar el rumbo de la historia. Isabel lo sabe porque hasta el nacimiento de Juan ha sido una muestra de “la misericordia” del Señor con ella. Y alguien que trae tanta alegría desde su concepción a una familia y a los que la rodean tiene que ser “Alguien”. Isabel es también una mujer que se muestra fuerte y contundente hasta en la elección del nombre de su futuro hijo, en una sociedad en la que todo lo dicho por una mujer debe ser corroborado después por el hombre.

También “la madre” del precursor nos trae hoy algunas cosas prácticas a nuestra vida: reconocer la presencia del Dios compasivo y misericordioso en ella y en la de los que nos rodean; vivir la alegría del evangelio-Buena Noticia mucho más que las dificultades; descubrir la fortaleza y la esperanza de tantas mujeres y hombres que sufren a nuestro alrededor; ser para ellos y ellas, al fin, verdaderos Juanes e Isabeles que anuncien, sin querer llevarse los méritos, al que nos trae de verdad la Liberación.



Comunidad El Levantazo
Valencia

Natividad de San Juan Bautista

Natividad de San Juan Bautista

La fiesta del nacimiento de Juan el Bautista coincide, más o menos, con el solsticio de verano. Muchas tradiciones y muchos ritos anteriores al cristianismo parecen darse cita para celebrar en este día el gozo de la luz y la fuerza y exhuberancia de la vida. La fe cristiana ha sustituido esas celebraciones paganas con el recuerdo de aquel que anunciaba la Luz verdadera y ofrecería su vida en absoluta fidelidad al que es la Fuente de la Vida.

Anunciación a Zacarías

Juan nace de un matrimonio anciano, que sin duda había anhelado siempre el don imposible de un hijo. Ésa es su familia. La esposa, descendiente de Aarón, se llama Isabel y se dedica a sus labores del hogar. Isabel es estéril, como tantas mujeres que habían dado vida a los grandes héroes de Israel. Su esterilidad subraya, como antaño, la presencia poderosa de Dios que cambia el rumbo de la historia cuando quiere. Así que Isabel vive la alegría de una maternidad inesperada. Y el nacimiento de un niño que es causa de sorpresa para todos. [...]

El nacimiento del niño está rodeado por un halo de misterio. Su padre está un día en el templo, ejerciendo el servicio sacerdotal, tal como le correspondía por turno a su grupo. Entra en el santuario a ofrecer el incienso y se encuentra con el ángel del Señor. Entra a cumplir el rito y se encuentra con el mismísimo Dios de las promesas. El temor y el gozo se suceden en el breve diálogo inicial. El ángel del Señor anuncia el nacimiento de un hijo, al que el sacerdote habrá de poner el nombre de Juan.

El sorprendido sacerdote no puede creer lo que oye. Su edad y la de su esposa son un inconveniente aparentemente insuperable. El ángel le anuncia una mudez que es al mismo tiempo un signo de la veracidad de sus palabras, un castigo transitorio por la incredulidad de Zacarías y, sobre todo, una señal de que la promesa se habrá de cumplir a su tiempo (Lc. 1, 19-20). Y la promesa se cumple, en efecto. Pocos días después, los esposos se dan cuenta de que Isabel espera un hijo. Es más, esa nueva vida es también la señal para su pariente María, que en la distancia, recibe seis meses después el mensaje de su propia sorprendente maternidad.

María se pone en camino para visitar a su pariente Isabel. Recorre las montañas de Judea haciendo suyos los caminos por los que en otro tiempo había pasado el arca de la alianza del Señor. Al encuentro de aquellas dos madres, el hijo de Isabel salta de gozo en el seno de Isabel (Le 1, 44). Sin duda, el evangelista ha querido preanunciar la que ha de ser su misión. Él habrá de reconocer la presencia del Mesías que llega a su pueblo, trayendo la salvación, la paz y la alegría para todos.

El nacimiento del Profeta

Se cumplieron los tiempos y nació el niño anunciado por el ángel. El Evangelio subraya explícitamente que su nacimiento llena de alegría a sus padres y del temor de Dios a sus vecinos. Son las dos reacciones típicas ante la presencia del misterio en la vida de los hombres: el temblor y la fascinación.

Con motivo de la ceremonia de la circuncisión solía imponerse el nombre al recién nacido. En esta ocasión, surge una breve disputa sobre el nombre que se ha de imponer al niño. Las gentes pretenden que se llame Zacarías, como su padre. Pero éste parece haber tenido tiempo y silencio suficientes para meditar sobre los proyectos de Dios. Zacarías escribe en una tablilla: Juan es su nombre. Y en ese momento se desata su lengua dormida. [...]

La lengua de Zacarías no se desata para explicar su mudez, ni para manifestar su alegría y la fortuna alcanzada por su casa, sino para proclamar las maravillas de Dios. Para ello proclama una «berakhá», una de aquellas bendiciones a Dios que caracterizaban la oración de Israel. Y lleno del Espíritu Santo profetiza: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. Nos ha suscitado una fuerza salvadora en la familia de David su siervo. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para preparar sus caminos, para anunciar a su pueblo la salvación, por medio del perdón de los pecados» (Lc 1, 68-69.76-77).

Juan irá delante del Señor. La contraposición evoca una cuestión importante que nos remite a unos años posteriores. El evangelista conoce sin duda la existencia de un grupo de discípulos de Juan, que encontramos varias veces en los escritos del Nuevo Testamento (Hch 18, 24-19, 7). En algún momento ha debido subsistir entre las primeras comunidades cristianas la duda sobre la legitimidad de las pretensiones mesiánicas de un maestro o el otro, de un profeta o el otro. El evangelista Lucas, ya desde este momento inicial, quiere dejar bien claras las diferencias. Juan no es el Mesías: es su precursor y mensajero. Nada más y nada menos. Así lo proclama su padre el día de la circuncisión.

De su infancia no se nos ofrece más que una pincelada más bien estereotipada, que, a la vez, resume los años de su crecimiento y nos asoma a la misión que habría de asumir: «El niño iba creciendo y se fortalecía en su interior. Y vivió en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel» (Lc 1, 80).

La Predicación en el desierto

El desierto no sería sólo su escenario. Era el ambiente de su vida y el signo mismo de su misión. Allí había aparecido de pronto nadie sabía cómo ni de dónde. Se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Eso decían las gentes. Y ese detalle ha sido transmitido por los textos evangélicos. Era una forma de aludir al género de vida que había elegido.[...]

Juan era un hombre piadoso, coherente y sincero. Y muchos acudieron a él. Tanto los Evangelios como Flavio Josefo subrayan que era visto con respeto por los judíos. Muchos estaban insatisfechos de la situación social, política y religiosa de su pueblo y aguardaban la manifestación de Dios y de su Mesías. Esperaban una liberación de la que sólo Dios podía tener la iniciativa.

La liberación no consistía ahora en escapar del lugar de la esclavitud. Significaba, más bien, abandonar un estilo de vida. Era una «conversión», Un cambio de actitudes: dar los frutos que pedía la conversión, la «teshuvá», o retorno a Dios, que habían predicado siempre los profetas. Y eso es lo que pedía Juan.

La conversión venía motivada por la escucha de la palabra del profeta, se celebraba con el rito que la significaba y se manifestaba en el cambio de vida que la ratificaba. El rito, es decir, el bautismo en el Jordán, significaba que Dios estaba dispuesto a elegir un pueblo nuevo precisamente allí donde el pueblo de Israel había entrado en la tierra prometida. Y el cambio de vida era la exigencia lógica de aquella elección divina. Por tres veces se nos repite la pregunta típica de la conversión, puesta en labios de los oyentes de Juan: «¿Qué tenemos que hacer?» (Lc 3, 10.12.14). Una pregunta que, más tarde, dirigirán a Jesús un maestro cívico la Ley (Le 10, 25) y un hombre importante (Le 18, 18), que parece identificarse con el joven rico. Una pregunta que se repetirá tres veces en los Hechos de los Apóstoles, obteniendo una respuesta en la que siempre se incluye el bautismo (Hch 2, 37; 16, 30; 22, 10). [...]

En el discurso de Juan se anticipan las exigencias de Jesús Y la respuesta de algunos seguidores paradigmáticos, como Zaqueo, que entregarán la mitad de sus bienes a los pobres (Le 19, 8). El discurso de Juan no trataba de cambiar el sistema. Al menos a corto plazo. Pero trataba de cambiar las conciencias. Seguramente este cambio habría de desembocar en el otro.

Juán y Jesús

Así pues, Juan no era el Mesías. Era su precursor y su siervo. Los rabinos decían que un discípulo ha de hacer por su maestro todo lo que un esclavo hace por su dueño, excepto quitarle el calzado. Sería rebajarse demasiado, Pero Juan ni siquiera se considera digno de desatar las sandalias del que viene detrás de él (Jn 1, 19-27). Él anuncia al que ha de venir. Al que no bautiza con agua, sino con viento: es decir, con el Espíritu. El que ha de venir trae en su mano el horcón para aventar en la era las mieses ya trilladas. Él ha de separar la paja del grano. Él realizará el juicio sobre lo aceptable y lo desechable. Él será el Señor y el Juez. [...]

Un día llegó Jesús hasta la ribera del Jordán, parecía uno más entre la multitud. Es como si tratase de pasar inadvertido entre la multitud. Pero Juan, el predicador exaltado y peligroso que denunciaba la corrupción, lo vio llegar a las orillas del río. Lo reconoció entre las gentes del pueblo que olían a ajo, como decían los fariseos. Y lo señaló a gritos para que todos se enteraran de que ya nada podría seguir siendo igual: «Este es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo., (Jn 1, 29).

Aquella bajada al Jordán era todo un signo. Jesús se acercó al Jordán como se había acercado Josué, es decir, como el guía que conduce a su pueblo al país de la libertad. Jesús bajó al Jordán, como había bajado Elías, el defensor de la unicidad y el señorío de Dios en una época de crisis religiosa y de apostasía global. Jesús caminó hasta el Jordán, como había hecho Eliseo, al recibir el espíritu profético, para proclamar la verdad y practicar la misericordia. Jesús se sumergió en el Jordán, como se había sumergido Naamán, el leproso, para hacerse solidario de todos los dolores de la humanidad.

Juan lo reconoció como el «cordero de Dios» (Jn 1, 29). Era aquella una expresión que resultaba rica de contenido y de evocación. Jesús recordaba la aventura de un pueblo nómada y pastoril que había guiado sus corderos por las cañadas del desierto. Jesús evocaba el cordero de la Pascua, signo de la piedad de su pueblo y del sacrificio que sellaba la alianza con su Dios. Él era la imagen más nítida de la liberación y de la fiesta. Jesús era sin duda el cordero llevado al matadero, como repetía el cuarto «Cántico del Siervo de Yahvé. Él era el que se ofrecía por la salvación de los suyos y aun de todo el mundo.

Pero Juan dijo todavía algo más. Aquel hombre, cordero y servidor, venía a quitar el pecado del mundo. Ése era el sueño y el ideal de todos los grandes profetas de antaño. El reino de Dios habría de ser un reino de santidad.

Un momento antes del bautismo de Jesús, el Evangelio de San Mateo transcribe un breve diálogo entre los dos. Juan parece resistirse: él es quien debía de ser bautizado por Jesús. Pero éste le dice, con una frase un tanto misteriosa, que ambos han de cumplir «toda justicia» (cf. Mt 3, 13-15). Tanto Juan como Jesús hacen suya la voluntad de Dios. Por ellos pasa la historia de la salvación.

El mártir

Juan era tan sólo una voz. Pero una voz que inquietaba y despertaba a los espíritus dormidos. Una voz profética que anunciaba y denunciaba.

Un profeta como Juan no podía morir en una tranquila ancianidad. Pronto habría de ser encarcelado por orden de Herodes. Pero ese episodio martirial lo celebramos en otro día de fiesta, que la Iglesia ha señalado para el 29 de agosto.

José Román Flecha Andrés

Sáb

25

Jun

2011

Evangelio del día

Duodécima Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“El Señor se le apareció a Abrahán en el encinar de Mambré”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 18,1-15

En aquellos días, el Señor se apareció a Abrahán junto a la encina de Mambré, mientras él estaba sentado a la puerta de la tienda, porque hacía calor. Alzó la vista y vio a tres hombres en pie frente a él. Al verlos, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda y se prosternó en tierra, diciendo: «Señor, si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu siervo. Haré que traigan agua para que os lavéis los pies y descanséis junto al árbol. Mientras, traeré un pedazo de pan para que cobréis fuerzas antes de seguir, ya que habéis pasado junto a vuestro siervo.» Contestaron: «Bien, haz lo que dices.» Abrahán entró corriendo en la tienda donde estaba Sara y le dijo: «Aprisa, tres cuartillos de flor de harina, amásalos y haz una hogaza.» Él corrió a la vacada, escogió un ternero hermoso y se lo dio a un criado para que lo guisase en seguida. Tomó también cuajada, leche, el ternero guisado y se lo sirvió. Mientras él estaba en pie bajo el árbol, ellos comieron. Después le dijeron: «¿Dónde está Sara, tu mujer?» Contestó: «Aquí, en la tienda.» Añadió uno: «Cuando vuelva a ti, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo.» Sara lo oyó, detrás de la entrada de la tienda. Abrahán y Sara eran ancianos, de edad muy avanzada, y Sara ya no tenía sus periodos. Sara se rió por lo bajo, pensando: «Cuando ya estoy seca, ¿voy a tener placer, con un marido tan viejo?» Pero el Señor dijo a Abrahán: «¿Por qué se ha reído Sara, diciendo: “Cómo que voy a tener un hijo, a mis años.” ¿Hay algo difícil para Dios? Cuando vuelva a visitarte por esta época, dentro del tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un hijo.» Pero Sara, que estaba asustada, lo negó: «No me he reído.» Él replicó: «No lo niegues, te has reído.»

Salmo

Sal 1,46-47.48-49.50.53.54-55 R/. El Señor se acuerda de la misericordia

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador. R/.

Porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo. R/.

Y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
A los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos. R/.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8,5-17

En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó rogándole: «Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico y sufre mucho.» Jesús le contestó: «Voy yo a curarlo.» Pero el centurión le replicó: «Señor, no soy quién para que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le dijo a uno: “Ve” y va; al otro: “Ven”, y viene; a mi criado: “Haz esto”, y lo hace.» Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: «Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; en cambio, a los ciudadanos del reino los echarán fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.» Y al centurión le dijo: «Vuelve a casa, que se cumpla lo que has creído.» Y en aquel momento se puso bueno el criado. Al llegar Jesús a casa de Pedro, encontró a la suegra en cama con fiebre; la cogió de la mano, y se le pasó la fiebre; se levantó y se puso a servirles. Al anochecer, le llevaron muchos endemoniados; él, con su palabra, expulsó los espíritus y curó a todos los enfermos. Así se cumplió lo que dijo el profeta Isaías: «Él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades.»

Reflexión del Evangelio de hoy

"El Señor se le apareció a Abrahán en el encinar de Mambré"

El domingo pasado hemos celebrado la Solemnidad de la Santísima Trinidad. Y precisamente hoy, en la primera lectura tenemos la

Teofanía (manifestación de Dios) que los Padres de la Iglesia y la iconografía ha identificado como una presencia de la Trinidad en el Antiguo Testamento. Tres hombres misteriosos visitan a Abraham para anunciarle, tanto a él como a Sara, el nacimiento de su hijo, fruto de la promesa de Dios.

La hospitalidad de Abraham, propia de los pueblos nómadas de la antigüedad, no se hace esperar: agua para lavarse, pan, un ternero, requesón y leche. A esta hospitalidad se refiere la Carta a los Hebreos, cuando dice: "No os olvidéis de practicar la hospitalidad, ya que gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles".

Estamos llamados, en cada Eucaristía, a hospedar al mejor invitado: Cristo mismo, que nunca viene solo, sino que el Padre y el Espíritu Santo también quieren hacer morada en nuestro corazón. Él renovará la promesa de su Amor, conociendo ya nuestra incapacidad (como la de Sara, como la de Abraham). "¿Acaso hay algo difícil para Dios?" Nada mejor que el Magnificat, como propone la Liturgia en el Salmo Responsorial, para alabar a Dios por su infinita misericordia.

"Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa"

El Evangelio nos presenta varias curaciones de Jesús, con un resumen final: "Así se cumplió lo dicho por el profeta Isaías: "El hizo tuyas nuestras debilidades y cargó con nuestros dolores".

Por tomar como paradigma una de estas curaciones, nos detenemos en el relato de la curación del criado del oficial romano, que tiene varias notas características. En primer lugar, se trata de un pagano, en "teoría" alguien que no cree en Dios. Después, se limita a exponer el sufrimiento de su criado, pero no pide su curación; es Jesús quien se ofrece a acudir y curarlo. Y por último, la humildad que muestra en la respuesta a Jesús "Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa; con que digas una palabra mi criado quedará sano" le lleva a ser alabado por Jesús ante la multitud, admirado por su fe.

Nuevamente encontramos en la Liturgia de hoy una referencia al momento de recibir al Señor. La respuesta del romano ha merecido ser pronunciada por todos los que cada día nos acercamos a comulgar. Es el momento en que Jesús viene a curar, a sanar, a fortalecer, a perdonar, a consolar, a.... ¡todo lo que necesitemos! con poder absoluto. Recibámosle con el gozo de sabernos amados hasta el extremo. Y que la unión con Él nos dé a conocer nuestras debilidades y dolores, para que podamos entregárselas y las haga tuyas.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

El día **26 de Junio de 2011** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).